

La relación epistolar entre Pedro de Valencia y Pablo de Céspedes

The correspondence between Pedro de Valencia and Pablo de Céspedes

Rubio Lapaz, Jesús *

BIBLID [0210-962-X(1995); 26; 371-383]

RESUMEN

En este trabajo se realiza un análisis minucioso de tres cartas del humanista Pedro de Valencia dirigidas a Pablo de Céspedes a comienzos del siglo XVII. En ellas se aprecia el enorme interés erudito de estos personajes con respecto a la cultura humanista del cambio de siglo, en un momento en que se produce la transformación de los planteamientos renacentistas en los postulados ya propiamente retórico-contrarreformistas. Las fuertes vinculaciones con otros humanistas de los distintos centros españoles del momento (Sevilla, Salamanca, Madrid...), las referencias concretas a algunos nombres importantes (Arias Montano, Aldrete, Baltasar de Céspedes, Luis del Alcázar, etc.), y la multiplicidad de campos intelectuales tratados (pintura, escultura, arquitectura, literatura, exégesis bíblica, lingüística...) convierten a estos textos en ejemplos de primer orden para conocer el complejo y apasionante entramado cultural de la época.

Palabras clave: Valencia, Pedro de; Cartas; Céspedes, Pablo de; Arte renacentista; Historiografía; Fuentes documentales; España; S. 17; Teoría del Arte.

ABSTRACT

The present paper offers a detailed analysis of three letters written at the beginning of the 17th century by the humanist Pedro de Valencia to Pablo de Céspedes. The letters give ample evidence of the great and learned interest taken by both men in the humanist culture of the end of the century, at a moment when Renaissance concepts and theses were undergoing the change towards positions in line with rhetorical Counter-Reformation views. Given that we find signs of the close connections between the two humanists and those in other Spanish cultural centres (Seville, Salamanca, Madrid...), that several important figures are mentioned (Arias Montano, Aldrete, Baltasar de Céspedes, Luis del Alcázar, etc.), and that the letters cover many different intellectual fields (painting, sculpture, architecture, literature, biblical study, linguistics...), these texts constitute a first-class source for the understanding of the complex and fascinating cultural atmosphere of the period.

Key words: Valencia, Pedro de; Letters; Céspedes, Pablo de; Renaissance art; Historiography; Documentary sources; Spain; 17th century; Theory of art.

La relación humanista entre Pedro de Valencia y Pablo de Céspedes se nos revela como una de las más importantes del panorama cultural español del Siglo de Oro. A través de su vinculación y comentarios se dejan ver las más interesantes teorías del momento, ya sea desde el punto de vista estético, poético, exegético, historiográfico o lingüístico; haciendo referencia

* Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada. 18071 Granada.

a importantes contactos con los más destacados representantes en cada uno de estos ámbitos humanistas.

Aquí se realiza el estudio de tres cartas que Pedro de Valencia envía a Pablo de Céspedes en la primera década del siglo XVII; un momento importantísimo en el viraje ideológico del humanismo quinientista español hacia planteamientos contrarreformistas. Estos textos fueron publicados por primera vez por Martínez Ruiz¹; constituyendo parte del corpus documental de mi libro *Pablo de Céspedes y su círculo. Humanismo y Contrarreforma en la cultura andaluza del Renacimiento al Barroco*².

La primera carta del humanista Pedro de Valencia a Pablo de Céspedes está escrita en agosto de 1604 en Zafra. Está firmada y en algunas partes se observan anotaciones muy posiblemente del racionero por el tipo de letra que coincide con el de otros documentos.

El primer tema de relevancia tratado es la alusión al epitafio que realizaba Valencia para el sepulcro de su maestro Arias Montano en la capilla mayor del convento de Santiago de Sevilla³. Para su elaboración consultará con importantes humanistas del panorama cultural español, pues además de Francisco de Medina y Baltasar de Céspedes, anotados en el texto, lo conocerán también Aldrete y Martín Antonio del Río, como se aprecia en la siguiente carta, y fray José de Sigüenza⁴.

Nos señala Valencia la estrecha relación con estos humanistas («le pedido tiempo para comunicarlo con los amigos»). Por otra parte, se aprecia la profunda sinceridad que dominará todos los campos de su vida, desde los intelectuales a los humanos, al referirse a su sentimiento hacia Montano: «E menester cien paredes para escribir lo que siento del difunto», intentando realizar el epigrama según las normas de su maestro: «A imitación de las que él solía hazer i por la mayor parte tomada de fórmulas sagradas de la Escrittura». Recalcando de nuevo el íntimo contacto que había entre todos los personajes anotados: «Agradará a los que lo conocían mucho».

A continuación nos expone las dos opiniones que había sobre las características de esta inscripción, ya fuera siguiendo módulos clásico-romanos, como propugnaba Medina⁵, o inclinándose hacia fórmulas bíblicas, hacia las que se decantó el propio Valencia: «Pero yo, no huyendo del gusto i sonido de las fórmulas antiguas, pretendo que nuestros epitafios parezcan de christianos i píos». Se plantea aquí la disyuntiva humanista de seguir una tendencia clásica o religiosa, según las dos posturas dominantes en la época. Medina es, dentro del italianizante círculo hispalense, uno de sus más antiguos representantes y como tal bebe de fuentes eminentemente basadas en la Antigüedad, en un momento en que aún no se habían acentuado y hecho dominantes tan drásticamente las normas católicas, como ocurrirá a principios del seiscientos. Valencia, como fiel seguidor de Montano, se basa en la tradición bíblica, labor fundamental en la vida del difunto, intentando realizar un epitafio según sus preferencias⁶.

Ante esta diversidad de opiniones, pedirá al racionero que realice su propio modelo y se lo envíe, insistiendo igualmente en la profunda amistad y respeto entre ellos dos y Montano: «I lo que más haría al caso será que Vuestra Merced haga una inscripción propia suya i me la embíe. No e menester para alcançar esto de Vuestra Merced alegar que soi de Vuestra Merced, sino que lo fue Arias Montano, mi señor, i que Vuestra Merced lo ama i respetta su memoria como todos los que lo conocíamos».

Posteriormente hace mención a una visita que habían realizado el padre Luis del Alcázar y su hermano Juan Antonio del Alcázar, personajes tan cercanos a Céspedes y de gran importancia en los ambientes culturales sevillanos. Se destaca aquí la labor social del racionero al poner en contacto y relacionar a los muchos intelectuales que él conocía y que le profesaban un alto respeto y consideración. Indica Valencia cómo a través del cordobés se había ofrecido a ayudar al jesuita sevillano en sus trabajos sobre el Apocalipsis ⁷: «Yo estimo muchísimo que su Paternidad, como Vuestra Merced me asegura, aya conocido mi voluntad de agradecerle i servirle que cierto es mui grande..., le soi mui particularmente obligado porque conocen i estiman a Vuestra Merced como deven».

Pedro de Valencia pide a Céspedes que acabe el *Discurso de comparación de la antigua y moderna pintura y escultura* que el pintor realizaba para este humanista y del que ya había visto parte ⁸. Destaca el extremeño en esta anotación los conocimientos que se han de poseer para realizar dicho tratado: «Buena noticia de la lengua latina, lección antigua, peregrinación, vista de ojos de obras antiguas i modernas, noticia i uso del arte, juicio de las cosas de este género i no sé si más». El carácter intelectual de lo artístico según los planteamientos estéticos del Humanismo en la consideración que tiene de esta disciplina como liberal es evidente, necesitándose para su actividad, en este caso teórica, un gran bagaje cultural, basado sobre todo en un planteamiento manierista del tema. Recalca de una manera sincera cómo el racionero es la persona más apropiada para realizarlo, lo que demuestra el prestigio y la alta estima en que se le tenía dentro del panorama humanista español: «Vea Vuestra Merced aora sin pasión..., quien ai otro que pueda hazer esse discurso sino Vuestra Merced».

Después se señala la posesión por parte de Céspedes de un retrato de Montano que Pedro de Valencia generosamente le deja tener, como recordatorio de su memoria y de la amistad que unió al racionero con el exegeta. Igualmente le comunica su deseo de tener alguna pintura suya, aunque no podría ser más que «por vía de merced», en una alusión a la escasez de recursos económicos del humanista extremeño. A continuación indica las pinturas que Montano le había dejado en su testamento en 1597 junto con otros muchos objetos, la mayoría provenientes a su vez de la colección donada a este último por el pintor Villegas Marmolejo, amigo íntimo de Montano y personaje de alto estrato social que participa de la fiebre coleccionista que inunda el ambiente culto sevillano del siglo XVI. Hace referencia Valencia a que estos cuadros ya los había visto Céspedes, posiblemente cuando estaban en poder de Arias Montano, en las visitas del racionero a los círculos eruditos de la capital hispalense.

Por último hace mención en el texto a su familia y a una serie de personajes, «amigos» de ambos, en una exposición que nos hace pensar en alguna estancia que Céspedes pudo realizar en su casa quizás hacia 1586 u 87 cuando trabajaba en el monasterio de Guadalupe ⁹. Sobre estos personajes, conocidos también por el racionero, se sabe que el licenciado Pedro Benítez Marchena, «contador del duque», era el gobernador del estado de Feria, los licenciados Hernán Rodríguez de Mesa y Diego Durán, canonistas, le acompañaban en sus paseos a la caída del día ¹⁰. Asimismo se menciona a Andrés de Godoy, primo del cordobés y persona muy cercana a éste, heredero de parte de sus bienes según se refleja en su testamento transcrito por Ramírez de Arellano ¹¹.

En esta carta se indica la profunda huella que Arias Montano deja en una serie de humanistas que intentan proseguir su línea intelectual tras su muerte en 1598, como Pedro de Valencia y también Pablo de Céspedes. Pero será fundamentalmente en el primero, quien se convierte en el discípulo principal del exegeta. La relación de ambos fue muy estrecha aun cuando Valencia conoció a su maestro ya en edad madura, pero a partir de este momento pasará largas temporadas con él en la Peña de Aracena donde le ayudaba en la elaboración de los numerosos trabajos que Montano realizaba en su retiro campestre. De él aprenderá las lenguas orientales (sobre todo la hebrea) y la exégesis bíblica, llegando a decir de él su contemporáneo Covarrubias que «fue criado a los pechos de la santa y universal doctrina de Montano».

Pedro de Valencia nace en Zafra en 1555, de donde se traslada a Córdoba siendo niño, estudiando Artes en el colegio de los jesuitas de la ciudad andaluza. Aquí también cursa Teología, para marchar posteriormente a Salamanca a hacer la carrera de Leyes. Vuelve, y ya se establece en Zafra, lugar donde se afianza y desarrolla una vida marcada por su permanente interés intelectual ¹².

Si estudiamos las obras que de él se conocen, observamos cómo trata los más variados temas de un planteamiento socio-cultural basado en los principios humanistas más progresistas y críticos de la época. Prácticamente no se publicó nada en vida del escritor pero sus obras eran muy conocidas en la época, lo que le proporcionó una elevada consideración en el ambiente erudito español ¹³. Como escritos más importantes destacan su *Discurso contra la ociosidad*, donde desarrolla una serie de ideas muy avanzadas para la mentalidad de la época ¹⁴. Dentro también de un cariz socio-económico destaca su tratado sobre la expulsión de los moriscos (1613), donde expone las nefastas consecuencias económicas que esta acción iba a traer al país. Igualmente encabezará el sector más crítico con respecto a los hallazgos granadinos del Sacromonte, en otro ejemplo más de su sentido tremendamente realista y racional al tratar los temas socio-culturales de su época, en donde se aprecia una fuerte influencia del filologismo veraz de su maestro Arias Montano, que a la postre no es otro sino el nacido en el humanismo complutense con personajes como el exegeta o Ambrosio de Morales ¹⁵.

Esta línea de investigación científico-objetiva, que se prolonga en el seiscientos con personajes como Valencia, se apartará en parte de los fundamentos de Céspedes que, aunque basados en profundas investigaciones filológicas o empiristas, sin embargo se dejará llevar por los retóricos planteamientos contrarreformistas donde sufren la impregnación de ese componente metafísico irracional que en el extremeño no tiene cabida.

Al igual que Céspedes, Pedro de Valencia cultiva las más diversas artes liberales o ejercicios intelectuales según un planteamiento universal del saber en el que asimismo se refleja la influencia de su maestro. Aunque estos dos personajes beben de las enseñanzas del exegeta, no es descabellado pensar que se conociesen en la etapa de formación del zafrense en la capital cordobesa, aunque estos años puedan coincidir con la estancia romana del pintor.

Esta actividad multidisciplinaria se aprecia en Montano, quien en el campo pictórico tendrá mucho que ver en la composición de los frescos de la biblioteca de El Escorial como afirma Rekers ¹⁶; también en Valencia, en su ideación del programa del madrileño Palacio del Pardo tras el incendio de 1604, o en el mismo Céspedes, a quien se le atribuye tradicionalmente una intervención más o menos directa en los frescos sevillanos de la casa de Arguijo o de Pilatos,

sin olvidar tampoco el destacado papel como definidor de conjuntos pictóricos del sevillano Francisco de Medina, personaje igualmente mencionado en el texto ¹⁷.

Otro dato que puede indicar aún más la estrecha relación entre Céspedes y el extremeño puede ser la carta que este último envió a Góngora ¹⁸, quien, no es exagerado pensar que pudiera haber sido presentado por el pintor, en esa labor de relacionar a Valencia con sus amistades sevillanas y cordobesas (Luis y Juan Antonio del Alcázar, Bernardo de Aldrete, etc.). En ella se aprecian unos planteamientos clasicistas en preceptiva poética que comulgan en gran parte con las teorías pre-culteranas del racionero referidas en sus textos de teoría literaria.

Así pues observamos una serie de características comunes en los dos humanistas de la carta, como la variedad de disciplinas culturales tratadas, lo que les llevaría a ambos a no tener obras sólidas que publicar en su vida, sino solamente fragmentos o borradores que después imprimirían otras personas. Pero estas cualidades, lejos de disminuir el prestigio cultural que estos eruditos tenían en su época, lo aumentaban, aunque con el paso del tiempo caerán en un inmerecido olvido, como ha sucedido, para ir poco a poco rescatando su valor intelectual y situarlos en el lugar destacado que les corresponde.

A pesar de esas características semejantes, en donde la influencia de ese tronco común de Arias Montano es evidente, las líneas que seguirán serán diferentes, aferrándose Valencia a un racionalismo crítico basado siempre en la incuestionable búsqueda de la verdad, mientras que Céspedes en su última etapa desarrollará un corpus donde, a partir de los logros renacentistas del quinientos, planteará principalmente unos proyectos retóricos contrarreformistas más cerca de la línea intelectual de los jesuitas. No obstante, esto no hace que se rompa esa profunda amistad y armonía existente entre ellos, pues en estos eruditos se produce un auténtico culto del sentido humanista de la amistad.

Esto último se refleja igualmente al señalarse el prestigio y afecto que hacia Céspedes sentían «los amigos», como los denomina Valencia, Francisco de Medina y el homónimo salmantino del racionero. De Medina sabemos su especial importancia en el desarrollo de las ideas clásico-imperiales de la lengua castellana en el espléndido prólogo a las Anotaciones de Herrera, así como su posición de tremenda autoridad dentro del ambiente humanista sevillano del que es uno de sus pilares básicos, ya sea a nivel pictórico, poético o retórico ¹⁹. Pero donde es más significativa esta relación y amistad es entre los dos personajes de igual apellido.

El maestro Baltasar de Céspedes era yerno de otro de los humanistas punteros del XVI hispano, El Brocense, al que sucedió en la cátedra de Retórica de la universidad salmantina, destacando entre sus obras, según Menéndez Pelayo, el *Arte retórica* ²⁰. El hecho de que el racionero fuera conocido y respetado por este círculo castellano da buena muestra de su reputación pues, aparte de la tradicional disputa entre los dos centros ²¹, de este grupo saldrá, por ejemplo, las *Observaciones del Prete Jacopin* contra las *Anotaciones* de Herrera, durísima réplica al sevillano en donde según su autor se quería desagraciar a el Brocense, artífice, asimismo, de otras *Anotaciones a Garcilaso* que precedían en el tiempo a las del «Divino» poeta.

La segunda carta de Pedro de Valencia dirigida a Pablo de Céspedes tiene la fecha de octubre de 1604, apreciándose una íntima relación con la anterior. Desde el primer momento se constata la abundante comunicación epistolar existente entre los dos humanistas en este tiempo, pues veíamos cómo el zafrense le escribía el 25 de mayo de este mismo año y

Céspedes contestaba en 8 de septiembre, fechándose esta carta a principios de octubre, para continuar asimismo durante los siguientes meses, como se apreciará en el próximo documento.

Comienza haciendo referencia del retraso que se estaba produciendo en la realización del *Discurso de la antigua y moderna pintura y escultura* que el extremeño esperaba con ansiedad. La causa de esta tardanza no es otra sino la enfermedad de gota que sufrió el racionero durante los últimos años de su vida y que hace temer a Valencia que le deje incapacitadas las manos («que le guarde las manos que también esto temo»). Al tener noticia de esta enfermedad le comunica que se vaya a convalecer a su casa de Zafra, en una muestra evidente más de la íntima amistad que unía a estos dos personajes ²².

A continuación encarga al cordobés que dé su visto bueno al lugar donde se van a trasladar los restos de Arias Montano en la capilla mayor del monasterio sevillano de Santiago, hecho este que probablemente no podría cumplir en persona Céspedes, ya que, según todos los datos existentes, su última visita a la ciudad hispalense fue en 1603.

Insiste en que vuelva a mirar y estudiar la inscripción funeraria de Montano, apreciándose la alta consideración en que tenía el extremeño el método crítico que caracteriza toda su producción y todas las manifestaciones culturales en que interviene. En este sentido afirma: «Suplico a Vuestra Merced torne a mirarla con toda atención i rigor crítico i me diga una vez i otra su sentimiento o de otros que la quieran juzgar o siquiera calumniar, que también esto es de provecho». Hasta tal punto delega en él la realización y características literarias del epitafio que incluso se atribuye al cordobés su paternidad, como se refleja en la transcripción hecha por Ponz: «Memoriam venerati, P. C. anno MDCV» ²³, en una muestra más del afecto de Valencia hacia Céspedes, pues realizando el primero prácticamente toda la compleja y dificultosa elaboración, quien figura como redactor es el segundo ²⁴.

Por otra parte, continúa el racionero en su labor mediadora o intermediaria tendente a relacionar al extremeño con los numerosos humanistas del centro sevillano-cordobés en el que él era figura destacada y prestigiosa. Así, si en la carta anterior veíamos cómo lo había puesto en contacto con el padre Luis del Alcázar y su hermano, el poeta Juan Antonio del Alcázar, aquí se aprecia cómo le presenta a Bernardo de Aldrete: «Estimo la merced que Vuestra Merced me a hecho offresciéndome al servicio del señor canónigo Bernardo de Aldrete. No tenía antes noticia de la persona de su merced... pero ya aora reconozco al señor canónigo por señor mío, i me tengo por obligado a servirle por las muchas partes dignas de toda afición i respeto que Vuestra Merced me refiere dél i porque Vuestra Merced lo ama». Asistimos, pues, a una muestra más de la íntima relación personal y laboral que unía a Céspedes con Aldrete. Incluso se señala la noticia de este último hacia la inscripción, alentándole Valencia al racionero para que interceda y le haga realizar una nueva versión: «Recibiré grandíssima merced si el señor canónigo se sirviese de acrecentar o mejorar algo esta inscripción; Vuestra Merced se lo pida en su nombre i mío».

Se nos ofrece la noticia acerca de la biografía de Arias Montano de que «en casa de un canónigo de Sevilla que se llamaba Aldrete sé que se crio Arias Montano mi señor i començó sus primeros estudios». Se enmarca este dato dentro de ese momento de la vida del exegeta donde, tras abandonar su pueblo extremeño natal (Fregenal de la Sierra), su familia, perteneciente a la nobleza empobrecida y orgullosa de su condición de cristianos viejos, según la

costumbre de la época, lo envía a estudiar a Sevilla tras hacerse responsable de él un padrino rico ²⁵.

A la hora de comentar las características estilísticas del epigrama, se reafirma Valencia en las ideas teóricas de preceptiva literaria que aparecen en su famosa carta a Góngora, planteamientos similares a los de Céspedes, de expresar con grandeza la memoria de los personajes ilustres pero sin llegar a «hinchar» las composiciones poéticas: «No lo acierto enriquecer más, aunque se me offresce que lo pudiera engalanar o hinchar con títulos de officios con conocimiento de lenguas i disciplinas, con favores i aprobación de reyes i pontífices, pero tiéplome de poner cosas que el difunto no admitiera i las borrará, i los títulos que pongo me parecen mayores para los siglos venideros i para aprobación de lo alto del theatro, que es a la que más attendía Arias Montano i devemos atender todos». Es interesante la expresión, propiamente barroca por otro lado, que nos hace Pedro de Valencia al definir lo trascendente como «alto del theatro», aludiendo a ese sentido escénico que se da en el xvii a toda la vida cotidiana.

A continuación refiere la respuesta que le realiza el humanista Baltasar de Céspedes ante la petición que le hacía en la carta anterior acerca de la inscripción. La contestación es altamente defraudante para Valencia que critica al salmantino, exponiéndole al racionero que «el loor que... le concede de mui leído, no sé si se lo concediera yo. Con recato me respondió acerca de la inscripción» ²⁶. Esta negativa del castellano en colaborar en el epitafio de Arias Montano puede entenderse al estudiar el ambiente salmantino de la época, donde se habían producido los ataques más reaccionarios contra cualquier posible iniciativa de exégesis bíblica que recordara las teorías erasmistas en la segunda mitad del siglo xvi. Aquí es donde se produjeron los procesos inquisitoriales contra fray Luis de León y El Brocense, ya anciano (suegro de Baltasar de Céspedes), entre otros, y donde se practicó una auténtica persecución hacia Montano por parte de León de Castro a partir de 1570 ²⁷. No es extraño que, ante este ambiente conservador hostil que dominaba la ciudad castellana, con los precedentes apuntados y el recuerdo que allí se tenía del exegeta, no se volcara Baltasar de Céspedes en una abierta actitud elegiaca o ensalzadora de su memoria.

También aporta una versión del epigrama, que por otra parte no convence a Pedro de Valencia, el «padre Martín Antonio del Río, flamenco, que a escrito sobre Séneca, i es de la Compañía, i a venido a Salamanca» ²⁸. Este epitafio lo realiza a instancias de Baltasar de Céspedes con quien estaba en la ciudad castellana y aunque «es bueno cierto... como no sintió lo que yo, debajo de aquellas fórmulas de la escrittura pensó que annunciatar es lo que llamamos predicar, i assí en lo demás».

Asimismo, se hace de nuevo alusión a las obras pictóricas que Céspedes iba a realizar con destino a adornar el estudio de Pedro de Valencia: «No puedo dejar de estar esperando con gusto i desseo mui grande la merced que Vuestra Merced quiere hazerme de adornar mi estudio con alguna pintura de su mano». No sabemos si llegaría finalmente a realizarlas.

Rápidamente se plantea otro tema en la carta: «Juan Ramírez, mi ermano, me dize que Vuestra Merced pregunta si llaman a los Syros Arameos otros autores que los sagrados i ecclesiásticos». Esta duda de Céspedes se la hacía al elaborar sus retóricos discursos sobre el *Templo de Jano* o sobre el *Monte Tauro*, por lo que se nos fechan estos documentos hacia esta época de la vida

del racionero, en este momento en que tras padecer la enfermedad de gota se ve obligado a recluírse en Córdoba y dedicarse a sus obras escritas y a una abundante e interesante correspondencia epistolar. Por otra parte, se nombra a Juan Ramírez Ballesteros Moreno (nacido en 1574) a quien Valencia llama hermano, más por afecto y amistad mutua que por parentesco familiar, pues en realidad era su cuñado, hermano de su mujer Inés Ballesteros, y también primo, pues existía esta relación con esta última. Este personaje, inseparable de Valencia durante toda su vida, fue a la vez que éste, discípulo predilecto de Montano. Permaneció en la Peña de Aracena durante siete años, dictándole su maestro la *Naturae Historia*, convirtiéndose en ferviente defensor de la Biblia Políglota o Regia tras su muerte, pues la defenderá junto con su cuñado ante las acusaciones de que fue objeto esta obra ante el Tribunal de la Inquisición. Igualmente se sabe que fue nombrado fiscal de hacienda, uno de los cargos del Tesoro²⁹. La perfecta armonía de estos dos humanistas cuñados como principales continuadores de los preceptos de Arias Montano se refleja fielmente en el testamento del exegeta otorgado en Zafra en 1597, por el cual se erigen en herederos de toda la serie de objetos que Montano coleccionaba según sus gustos intelectuales, a los que sumaba la importante donación del pintor Pedro de Villegas Marmolejo. Este legado es «ynpartible», anotando sobre Ramírez «porque lo e criado y thenido en mi casa desde niño que me lo encargó su padre en su testamento y por las dichas caussas, tengo obligación a los suso dichos... para que lo tengan ynpartible de conformidad y hermandad perpetua como yo entiendo que la obra entre los dos siempre en virtud y religión y estudios»³⁰.

El responder a esta pregunta sobre la identidad o no de estos vocablos reseñados da pie a Pedro de Valencia para exponer sus ideas preferentes con respecto a la investigación filológica de lo hebreo frente a lo clásico, ya sea griego o latino, donde se aprecia una profunda huella de su maestro. Merece la pena transcribir el pasaje completo, pues en él se ven algunas ideas que legitiman el amplio e imaginativo estudio etimológico que otorga Céspedes al origen de los topónimos cordobeses según un sustrato hebreo o bíblico: «Generalmente la dottrina que leemos en los escritores latinos es tomada de lección de los griegos, i estos estimaron con tanta presunción su lengua i ingenio que apenas uvo alguno de ellos que quisiese deprender alguna de las lenguas de Asia, ni curarse de aprovecharse de la disciplina de los que ellos despreciavan i llamavan bárbaros. Desto se les siguió grande ignorancia de muchas cosas i particularmente de la origen i nombres de las naciones, i casi a ninguna llamaron con el nombre que ella se nombrara i quería nombrar en su language, sino a cada una le dieron nombre en griego sin ración ni origen que sepamos, ni ellos las dan sino fabulosas».

De esta manera observamos cómo el erasmismo filológico y científico de Arias Montano o Pedro de Valencia, que ya suponía una etapa posterior a los planteamientos de su creador o de la Universidad de Alcalá, modifica esencialmente su sentido en otro planteamiento diferente, en la asimilación contrarreformista de los retóricos discursos de Pablo de Céspedes. De esta manera se liman sus lados más conflictivos y críticos y se adecúa al complejo y persuasivo entramado cultural del humanismo cristiano del siglo XVII, en una secuencia en la que, como ha señalado Bataillon, pierde sus connotaciones rompedoras y se encaja como un sustrato cultural más o menos generalizado que pervive en gran parte enmascarado en esta época trentina.

Después de traer numerosas citas clásicas griegas y latinas donde demuestra sus altos cono-

cimientos humanistas, señala Pedro de Valencia un error de Virgilio, del que anota: «Este es pleito viejo en que no va mucho; porque cuando aya sido error, es como de grammático i no como de poeta, que es lo que con razón loamos i admiramos a Virgilio». La diferenciación entre lo verídico y lo verosímil aparece en un ejemplo más de hasta qué punto influyó la *Poética* de Aristóteles en la configuración de todo el engranaje cultural del Humanismo.

Finalmente hace referencia al círculo de conocidos de Céspedes en ese grupo zafrense alrededor de Pedro de Valencia, y así, aparte de su familia, hace alusión especial al licenciado Benítez Marchena, contador del duque de Feria. De entre los cercanos al cordobés indica a Andrés de Godoy, primo y heredero en parte del racionero como vimos anteriormente y también a Andrés Ruiz, aprendiz de pintor que vive en la casa del racionero durante los últimos años de su vida, tal y como se aprecia en esta carta y en su presencia en el testamento de Céspedes (del que recibe algunos bienes) donde asimismo se señala que estaba a su servicio junto a Juan de Peñalosa³¹.

La tercera carta de Pedro de Valencia a Pablo de Céspedes está fechada en enero de 1605. En ella se manifiesta pronto la intensa comunicación epistolar que los dos humanistas practicaban en este momento, pues hace referencia a una carta que el racionero le envió a primeros de enero; por lo que desde agosto de 1604 a enero de 1605 se constatan tres escritos por el extremeño y dos por el cordobés.

En ese texto anterior remitido por Céspedes el uno de enero de 1605 se hace referencia a que «tenía descripción de una coluna», lo que nos declara que seguía con sus investigaciones sobre el origen de la arquitectura dentro de su planteamiento especulativo sobre el Templo de Jerusalén. Teorías enmarcadas en ese discurso global del racionero en donde intenta clarificar una continuidad entre la cultura y la arquitectura bíblica del Antiguo Testamento y la imperial española de la época trentina.

Se deja patente en el manuscrito el delicado estado de salud del pintor cordobés a través de una detallada descripción de los síntomas de la enfermedad que padecía. Demuestra aquí Valencia sus altos conocimientos de medicina, adquiridos en gran parte a través del estudio de los clásicos, a lo que se añade su continuo trato con médicos contemporáneos³², destacando entre ellos la referencia al doctor Sánchez Oropesa³³. Es un ejemplo más del carácter universal que estos humanistas otorgaban a sus conocimientos eruditos o intelectuales.

En otra muestra de la admiración que Pedro de Valencia sentía por Céspedes le insta a que se vaya a su casa a convalecer de su enfermedad: «Todavía si Dios diese algún vado para que Vuestra Merced pudiese venir por acá, confío avía de ser para mejor salud». Reiterándole a continuación que, a pesar de su gran categoría intelectual, la estima que siente por él se debe a su calidad humana: «Mui bien echa de ver Vuestra Merced lo que lo amo, que cierto es de mi corazón i con grande affición, porque demás de la estimación en que tengo a Vuestra Merced por sus estudios i otras partes, la affición mira más a la condición i sencillez de corazón i amor verdadero que conocí en Vuestra Merced».

Posteriormente hace un interesante comentario a la simbología de la granada como representación de la Iglesia según la opinión de Arias Montano, símbolo éste utilizado por Céspedes en sus estudios sobre el Templo de Jerusalén. La justificación de la interpretación de Montano se debe a que «es una i tiene corona, i debajo desta unidad, divisiones de órdenes de granos,

todos ermanos i semejantísimos entre sí, i que estando sanos arden con púrpura de caridad, i a todos se les ve el corazón». Concluyendo Valencia que «assí an de ser los verdaderos israelitas..., en conociendo un grano destes deve sele affición i veneración i correspondencia semejante». Afirmación donde se corrobora el sentido elegiaco con que se mencionaba el tema del pueblo elegido del Antiguo Testamento en un contexto contrarreformista en el que se quería retomar su prestigio ideológico. En esta apropiación es de destacar el papel de Arias Montano, ya sea por su enorme influencia en el complejo panorama cultural y decorativo de El Escorial o a través de estos eruditos a quienes infunde sus teorías que ellos harían evolucionar hacia unos planteamientos determinados por su situación personal, como se aprecia en la diferenciación de las líneas teóricas de Céspedes o Pedro de Valencia ³⁴.

En este discurso apropiador de las connotaciones hebraicas de los primeros textos bíblicos, se señala ahora la enorme importancia del Templo de Jerusalén como plasmación ideal de lo que debe de ser la arquitectura del momento, dentro de un complejo y retórico planteamiento. Aunque aquí se comentan los elementos de las construcciones egipcias a través de «las palabras de Callixeno recogidas por Atheneo en la descripción de las columnas de la nave de Ptolomeo Philopator» ³⁵, esta inquietud del racionero se enmarca dentro de ese global intento de encontrar las formas edificatorias más antiguas en esa secuencia histórica del Próximo Oriente y Egipto anterior a la época griega; en un planteamiento donde se pretendía ver en el templo hierosolimitano la expresión originaria de todos los modelos constructivos de estos primeros «imperios», según un discurso arquitectónico paralelo al histórico en el que se unía el prestigio humanista de lo antiguo al carácter preeminente de lo sacro derivado directamente de Dios.

En esta detallada descripción de los elementos de los edificios egipcios destaca sobre todo la referencia a los capiteles: «Házela en comparación de los capiteles de las griegas, particularmente del capitel corintio, i dize: I son sus capiteles de figura redondos... que toda la delineación, descripción o circunferencia o bultos dellos es como un capullo de rosas cuando comienzan a abrir un poco i alrededor del llamado o del que llama cálatho... no tiene esculpidas o entalladas hélices o vueltas como en los (capiteles) griegos, i hojas ásperas (i bastas de acantho), sino flores de lotos fluviales i fruto de palmas que entonces comienza a brotar (o a abrir i descubrirse, que es cuando aquellos ramos parecen más hermosos) i algunas veces le labran (allí) géneros de otras flores más». También hace mención a cómo edificaban las paredes y las columnas, de las que señala el procedimiento de su construcción: «Hecha de diversas piezas, una negra i otra blanca, como si de las piezas con que se juega a las tablas, una sobre otra, puestos alternadamente negras i blancas, se compusiese una columna i assí quedaría del todo redonda i lisa de abajo arriba. Mas puede pensarse que estas piezas no fuesen al modo de aquellas de las tablas, sino a modo de panes o de anillos, de manera que la columna se levantase no lisa i llana de alto abajo, sino con divisiones por las juntas». Para hacer más fácil la comprensión de estas dos piezas que conformaban las columnas, realiza Valencia pequeños dibujos de ellas ³⁶.

A continuación lleva a cabo el extremeño una crítica humanista puramente filológica hacia los textos antiguos que hacían referencia a estos temas, Dalechamps, Julio Pollux o Rufo Ephesio ³⁷; trayendo después un comentario exaltatorio a los trabajos de Casaubon ³⁸, en una demostración más de los enormes conocimientos lingüísticos del polígrafo zafrense.

Para finalizar menciona una carta que le había enviado Aldrete, en otro ejemplo de la íntima y continua relación de todos estos eruditos españoles. Igualmente hace alusión a Andrés de Godoy, personaje cercano a Céspedes como se demuestra tras analizar estos documentos y también señala el aumento de su familia tras el nacimiento de una hija ³⁹.

NOTAS

1. MARTÍNEZ RUIZ, J. «Cartas inéditas de Pedro de Valencia a Pablo de Céspedes». *Boletín de la Real Academia Española*, LIX, 1979, pp. 371-397.

2. Granada, Universidad, 1993.

3. Arias Montano, maestro de Pedro de Valencia y tan íntimamente relacionado con éste, murió en Sevilla en 1598 y primeramente fue enterrado en la sacristía del convento de Santiago, pasando, siete años después (1605), a la capilla mayor de dicho monasterio, como se aprecia en esta primera carta, para cuyo epitafio recurrirá Valencia a numerosos eruditos de la época. En 1811 sus restos se trasladan a la capilla de San Pablo de la catedral hispalense para pasar después de nuevo a su primitivo emplazamiento en 1816, variando con todos estos desplazamientos las inscripciones. Datos de MATUTE Y GAVIRIA, J. «Noticias del doctor Benito Arias Montano». *Archivo Hispalense*, I, 1886, pp. 249-260.

4. «Cartas de Pedro de Valencia a fray José de Sigüenza entre 1593 y 1606». *Ciudad de Dios*, tomos 41, 42, 43, 44, 1897. El epitafio definitivamente colocado fue el siguiente: «Deo viventium S. Benedicti Ariae Montani Doctoris Theologi Sacrarum librorum ex divino beneficio interpretis eximii. Ex testimonii Jesu-Christi Domini nostri annunciatoris seduli, viri incomparabilis titulis cunctis majoris, monumenti augustioris, ossibus in diem resurrectionis Justorum cum honore asservandis. Dominus Alfonsus Fontiberus Prior Ex Conventus Sancti Jacobi Hispalensis, Prioris quondam sui optime meriti, memoriam venerati, P. C. anno MDCV. Obiit anno MDXCVIII aetatis suae LXXI». Recogido por PONZ, A. *Viage de España*, t. IX, carta 3, número 54, p. 111.

5. «El señor maestro Medina quería que nos allegásemos más a las formas romanas i que no usásemos aquellos vocablos bárbaros».

6. La relación dialéctica de estas dos componentes son las que hacen modificar las características del humanismo español a lo largo de su evolución.

7. Pedro de Valencia, como fiel continuador de Arias Montano, realizó, entre su gruesa y variada producción humanista, algunos trabajos de exégesis bíblica. Con respecto a la ayuda prestada a Luis del Alcázar escribió a éste cuatro cartas sobre la interpretación del Apocalipsis, así como otras dos a Medina indicándole la dificultad de interpretar este libro bíblico. (SERRANO Y SANZ, M. «Pedro de Valencia. Estudio biográfico y crítico». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, t. III, 1899, pp. 144-170, 290-312, 321-334 y 392-416).

8. «Yo e visto que lo hecho es boníssimo i mui de estimar, i que no se hallara en otra parte esta historia».

9. PÉREZ SÁNCHEZ, A. E. «Céspedes de Guadalupe». *Archivo Español de Arte*, XLIV, 1971, pp. 338-341.

10. SERRANO Y SANZ, M. «Pedro de Valencia...», p. 154.

11. RAMÍREZ DE ARELLANO, R. *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba, con descripción de sus obras*. Madrid, tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, t. I, 1921, p. 143.

12. SERRANO Y SANZ, M. «Pedro de Valencia...», pp. 146-147.

13. En este sentido es interesante comparar la situación análoga del polígrafo extremeño con Céspedes, quien apenas publicó nada en vida, pero que por su enorme erudición tenía un amplio prestigio en su época. No obstante, las características de las obras de Valencia son diferentes en gran parte a las del racionero.

14. Para SERRANO Y SANZ, M. «Pedro de Valencia...», p. 168: «Pensamientos hay en el discurso..., tan avanzados, que algún socialista pudiera hacer suyos».

15. Este mismo cariz realista lo aplica también a otra obra suya donde protesta contra la caza de brujas, en una muestra más de racionalidad humanista; racionalidad intelectual basada en gran parte en los planteamientos «familistas» de Montano de los que según Rekers (*Arias Montano*. Madrid, Taurus, 1973) no estaría libre el extremeño, ya que como afirma el exegeta en su testamento: «Siempre e thenido al dicho Pedro de Valencia en lugar de lujo» (SALAZAR, A. «Arias Montano y Pedro de Valencia». *Revista de Estudios Extremeños*, XV, 1959,

pp. 475-493), siendo casi permanente la unión de los humanistas, ya fuese en la Peña de Aracena o en Zafrá, imprimiéndose las obras de Montano tras su muerte por la labor de Valencia, quien por otra parte siempre defenderá la Biblia Políglota o Regia contra los numerosos ataques de sus enemigos.

16. REKERS, B. *Arias Montano*, pp. 159-160.

17. Para un estudio de los humanistas ideadores de los programas pictóricos del momento ver LÓPEZ TORRIJOS, R. *La mitología en la pintura española del Siglo de Oro*. Madrid, Cátedra, 1985.

18. ALONSO, D. *Estudios y ensayos gongorinos*. Madrid, Gredos, 1970.

19. Ver PACHECO, F. *Libro de descripción de verdaderos retratos, de ilustres y memorables varones*. Sevilla, 1599, Diputación de Sevilla, 1985, pp. 138-143.

20. MENÉNDEZ PELAYO, M. *Historia de las ideas estéticas en España*. Madrid, C. S. I. C., 1974, t. I, pp. 667-668.

21. La historiografía literaria tradicional siempre ha dispuesto estas escuelas de una manera más o menos antagonica, en una postura que hoy día se tiende a superar. No obstante, se podría señalar el carácter más clásico o italianizante de los humanistas sevillanos y la mayor presencia de las teorías escolásticas en la universidad salmantina.

22. «Mueva esto a Vuestra Merced i más mi deseo i voluntad para hazerme merced de venirse a convalescer o continuar en esta su casa un par de meses siquiera».

23. PONZ, A. *Viage de España en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*. Madrid, Viuda de D. Joaquín Ibarra, 1791, t. IX, carta 3, número 54, p. 111.

24. La diferencia de los planteamientos culturales humanistas entre estos dos personajes se deja ver al comprobar cómo Valencia prefiere lo conciso y claro en el epitafio que haga referencia a la grandeza de Montano, mientras Céspedes se inclina más hacia una línea retórica y elocuente en unos planteamientos que dominarán los fundamentos teóricos de toda la producción erudita de los dos humanistas. Aquí se inscribe el dato de la opinión que le merece la inscripción a Céspedes: «I porque estima tanto la buena memoria de Arias Montano que le parece corto i pobre el epitafio».

25. REKERS, B. *Arias Montano*, p. 7.

26. Contrapone el carácter de los dos humanistas apellidados Céspedes en un pasaje donde ensalza las cualidades del cordobés: «Bien deseara yo que el otro amigo de su nombre de Vuestra Merced le fuera semejante en todo, a lo menos en la claridad i candor i llaneça i firmeça de amistad».

27. Para profundizar sobre este tema de la opinión de los círculos conservadores salmantinos ante cualquier atisbo de erasmismo ver BATAILLON, M. *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*. Fondo de Cultura Económica, México, 1950; sobre todo el capítulo XIII: «El erasmismo condenado» para ver el caso de El Brocense, y el XIV: «Últimos reflejos de Erasmo. Los Nombres de Cristo y Don Quijote» para los de fray Luis de León y Arias Montano. REKERS, B. *Arias Montano*, el capítulo dedicado al estudio de la Biblia Políglota.

28. Este jesuita, Martín Antonio del Río, nació en Amberes en 1551 y murió en Lovaina en 1608. Es un escritor que ejercerá una profunda influencia en las obras contrarreformistas del siglo XVII donde aparece frecuentemente citado. Su libro sobre Séneca es *In L. Annae Senecae... tragoedias decem... amplissima adversaria, quae loco commentarii esse possunt. Ex bibliotheca Martini Antonii del Rio... Autuerpiae. Ex officina C. Platini. MDLXXVI (1576)*. Entre su copiosa producción destacan obras jurídicas, sobre temas marianos (1598), *Juicio de la Mafia* (1599-1600), *Commonitorum de San Orecio* (1600), *Rebelión de los Países Bajos* (1601), *Cántico de los Cánticos* (1604)...

29. REKERS, B. *Arias Montano*, pp. 168-169. Quien añade (p. 169): «Pedro de Valencia y Juan Ramírez Ballesteros Moreno pertenecen a un pequeño grupo de la última generación de erasmistas españoles que nunca se rebelaron abiertamente, y por eso no tenían que temer persecución alguna, pero que continuaron diseminando los iluminados principios de Arias Montano muchos años después de su muerte».

30. Documento aportado por SALAZAR, A. «Arias Montano y Pedro de Valencia». *Revista de Estudios Extremeños*, XV, 1959, pp. 475-493; artículo al que remito para un estudio o conocimiento más detallado de este legado.

31. RAMÍREZ DE ARELLANO, R. *Ensayo...*, t. I, pp. 143-144.

32. De entre las numerosas amistades de Pedro de Valencia señaladas por SERRANO Y SANZ, M. «Pedro de Valencia...», p. 154, destacan, en este sentido, los médicos Simón de Tovar y Francisco Sánchez (Oropesa), «quienes admiraban lo mucho que sabía de su facultad por el estudio de los autores griegos y latinos».

Por otro lado se tiene constancia de tratados de Valencia dedicados a cuestiones médicas, como dos textos de la Biblioteca Nacional (MS-60; «Varios papeles sacados de un tomo en folio que contenía obras de Pedro de Valencia»), donde aparecen, entre otros escritos: «Carta al licenciado Ontiveros, Prior de Santiago de la Espada, de la ciudad de Sevilla, acerca de un lugar de Plinio, sobre el que controvertían los Doctores Luna y Guillén, médicos de dicha ciudad: Zafra 12 de abril 1605, 3 hojas» y «Dedicatoria a la Reina Doña Margarita de un libro intitulado 'De las enfermedades de los niños'» (*ibidem*, p. 402).

33. Francisco Sánchez Oropesa, reputado médico de la segunda mitad del siglo XVI nació en Oropesa (Cáceres), estudió Medicina en Salamanca, ejerciéndola con gran éxito en Sevilla, donde perteneció al círculo de humanistas punteros de la ciudad; asimismo dejó varios libros escritos sobre esta materia. Su vinculación con Pedro de Valencia proviene de la relación estrecha que Oropesa tenía con Arias Montano, quien le menciona frecuentemente en las cartas que el exegeta enviaba a sus amistades «familistas» de Flandes, como nos señala REKERS, B. *Arias Montano*, p. 169.

A partir de aquí el contacto entre Valencia y Oropesa será estrecho, siendo abundantes las referencias que así lo afirman, como la de la nota anterior, la carta que el primero le envía «Al Dr. Francisco Sánchez de Oropesa, sobre la interpretación de un lugar de Hipócrates» (SERRANO Y SANZ, M. «Pedro de Valencia...», p. 404) y, sobre todo, el poder otorgado en julio de 1598 en Zafra por Valencia y su cuñado Ramírez para que, junto con otras personas, demandara y recibiera los bienes que Montano le dejó tras su muerte. (SALAZAR A. «Arias Montano y Pedro de Valencia», pp. 484-485).

34. En este sentido es de destacar la alusión de «verdaderos israelitas», según el planteamiento por el cual los judíos contemporáneos y posteriores a la vida de Jesús habían dejado de ser el legítimo pueblo escogido, iniciándose a partir de ese momento su desprestigio socio-cultural motivado por este planteamiento espiritual. Entonces pasaría esa condición a la Iglesia romana, en un discurso que servía a la vez para legitimar en el humanismo cristiano contrarreformista la validez del mundo clásico. Rematándose este planteamiento con la conclusión perfeccionada de estas culturas «escogidas» en el imperialismo sacro español de la época de Felipe II, quien, entre otros muchos títulos, poseía el de rey de Jerusalén.

35. Como estima MARTÍNEZ RUIZ, J. «Cartas inéditas...», p. 383, la obra de Ateneo referida es *El banquete de los sofistas*, enciclopedia de costumbres, ciencias y artes griegas, en donde se recogen datos de otros muchos autores, como Calixeno de Rodas. La edición que maneja Valencia sería la de Isaac Casaubon.

36. Ver RUBIO LAPAZ, J. *Pablo de Céspedes...*, la lámina 14 (p. 510).

37. Dalechamps fue médico, botánico y filólogo francés, traductor de Galeno, Plinio y otros clásicos. Julio Pollux era gramático griego del siglo I d.C., autor del *Onomasticon* o *Léxico* publicados en Venecia por vez primera en 1502. (MARTÍNEZ RUIZ, J. «Cartas inéditas...», p. 383).

38. Isaac Casaubon era un humanista que aparte de los datos señalados en la nota 35, destaca por sus trabajos en la identificación de los nombres de poblaciones citadas en los textos antiguos, según la costumbre de la época. También hace una edición de la *Geografía* de Estrabón en 1587 en Ginebra y, como se señala en la carta, trabaja y edita a Rufo Ephesio.

39. Pedro de Valencia tuvo seis hijos, cinco varones y una hembra: Melchor, Beatriz, Benito, Juan, Pedro y Gonzalo, aunque este último murió en temprana edad. Las noticias de sus hijos son que Juan fue gentilhomme del duque de Feria; Melchor, catedrático de leyes de la Universidad de Salamanca, en 1631 se convierte en oidor de la Chancillería de Granada; Benito se graduó en Cánones y también Pedro. (MARTÍNEZ RUIZ, J. «Cartas inéditas...», p. 375).